

que sobrepuja en dones y gracias á todas las criaturas juntas del cielo y de la tierra, por ser su dignidad la más alta que á pura criatura puede caber y Dios otorgar. Porque si Dios proporciona el tesoro de los dones que á las criaturas reparte, á los oficios á que las levanta, como la dignidad de Madre de Dios sea la más encumbrada de todas las dignidades, por cuanto la calidad de Madre de Dios es la cumbre adonde puede llegar una pura criatura, porque otorga un cierto derecho sobre el Verbo encarnado; era menester que la plenitud de gracias concedidas á María excediese á la que han alcanzado los Santos, que comenzase allí donde remataba la santidad de ellos, que poseyese en el primer instante de su concepción el caudal de bienes atesorados en las demás criaturas, y que se aventajase inmensamente á toda conocida santidad. ¿Qué mucho que aun antes de

nacer recibiese el uso de la razón, el don de la impecabilidad, y ejercitase actos de fe y de acatamiento profundo á los decretos divinos? ¿Qué será cuando llegue á madurez esta soberana Princesa? ¿Quién ensalzará dignamente á la Madre de Dios, que tiene el principado entre todas las criaturas, y que ocupa cielos y tierra con su inefable grandeza? Ella, habiendo hollado y deshecho la cabeza de la infernal serpiente, es alegría del universo, medianera de los hombres, Reina de los ángeles, trono de Dios, más esclarecida que el sol, más hermosa que la luna, escogida del Verbo, amada del Padre, Esposa del Espíritu Santo, pasmo y lustre de todos los bienaventurados; en fin, Madre de Dios. ¡Jesús y María! ¿Pueden concebirse ideales más esplendorosos y cercados de maravillas? ¿Podía el universo sensible y espiritual preciarse de posesión más honrosa?



DÍA SÉPTIMO.

—
ERA ACTUAL.



CAPÍTULO LI.

LA VIDA DIVINA.

«*Requirit die septimo ab universo opere quod patrarat.*» (Cap. II, 2.)

ARTÍCULO I.

El descanso de Dios.—Cuánto tiempo duró.—En qué consiste la vida divina.—Su presencia sobre todas las vidas.—Qué actos la hacen ostensible.

ACABÓ Dios en el séptimo día, ó en el sexto, como leen los Setenta y el Samaritano, la obra que había trazado hacer, y descansó el día séptimo de toda la obra que había hecho¹. El día séptimo fué consagrado por el Señor al descanso. Cuando empezó, cuando remató el sábado divinal, no lo declaran las Escrituras; pero de su silencio podemos inferir que comenzó Dios á descansar así que hubo sacado á luz y edificado la compañera del hombre. Cuando, dónde acaba, entre qué términos corre este sábado solemne, es secreto que ignoramos. «El término del sábado, es decir, del período en que cesó Dios de hacer cosas nuevas, no le veo yo ciertamente, dice el Padre Pianciani; pasadas veinticuatro horas después de la formación de la mujer, el descanso divino no tuvo fin, ni cesó aquella cesación. Porque en descansando un día solar, no fabricó nuevos seres, á la manera que nuestros oficiales mecánicos, que tras el descanso del domingo vuelven el lunes á la tarea de su oficio. Aun ahora pa-

réceme á mí que dura aquél día de laborioso descanso, en que el Padre celestial *usque modo operatur*, conservando las cosas criadas y las leyes establecidas; y al mismo tiempo que dura cesa, porque no produce nuevas suertes de substancias, ni causa aquellos trastornos grandes y extraordinarios que no convienen al presente estado de cosas, como convenían en aquellos períodos, en que una formación abría camino para nuevos sucesos. Si: grande es el día séptimo sin tarde y sin ocaso, como dice san Agustín². Hasta el presente dura, y durará, Dios queriendo, mientras perseverare en la tierra el actual orden de cosas³.

Estas palabras del P. Pianciani hacen hermosa consonancia con las que nos dejó escritas Eusebio de Cesaréa, tomadas de Aristóbulo, filósofo hebreo. Dicen así: «Lo que en la ley tenemos, que Dios descansó el séptimo día, no ha de entenderse, como los más quisieron, cual si nada Dios en adelante hiciera, sino que acabó de constituir los grados y órdenes de todas las cosas, para que se propagasen de igual conformidad por perpetua sucesión de siglos. Porque significó a el sagrado escritor que en el espacio de

¹ *Confes.*, l. III, cap. XXXVI.

² *Cosmogonía*, § LXXX.

³ Cap. II, 12.